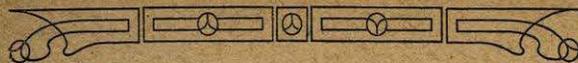


Silenciosa la joven señora el lino hilaba
 en su huso de oro, y, á hurtadillas miraba
 al pajecillo rubio que al pie de su escabel

sonriendo mimoso, con aire distraído,
 estiraba hasta hacerle lanzar sordo gruñido
 las largas y lanudas orejas de un lebel.



EL LUCERO DE ORO

A Carlos Díaz Dufío,

I

Si con este cuerpo
 quieres calentar
 tu tálamo, Príncipe,
 me tienes que dar
 todos los tesoros
 del arcón real!
 —¿Por qué me rechazas,
 si te he dado ya
 todos los tesoros
 del arcón real?

II

—Si con este cuerpo
quieres calentar
tu tálamo, Príncipe,
me tienes que dar
tu anillo de oro
y el cetro real
—¿Por qué me rechazas,
si te he dado ya
mi anillo de oro
y el cetro real?

III

—Si con este cuerpo,
quieres calentar
tu tálamo, Príncipe,
me tienes que dar
el lucero de oro
que brilla en el mar!

IV

¡A la mar fué el Príncipe...
y no ha vuelto más!
Y la niña llora,
gimiendo al llorar:

—¿Para qué tesoros
ni cetro real,
ni anillo ni estrellas,
si no ha de tornar
aquél cuyo tálamo
soñé calentar?

¡Malhaya quien quiere
á su amor probar!...

La niña está ciega
de tanto llorar...



LAS TRES PRINCESAS

A Luis Rocuaut.

Las princesas hilaban,
L hilaban las tres.
Una en rueca de oro, otra en rueca de plata,
y la otra en rueca de ciprés.

Violante es rubia y blanca;
leche y miel...

Mientras canta con voz queda,
con el más puro lino candéal

hila en rueca de oro
la nieve de un pañal...

Aminta es trigueña:
ojeras y rubor...

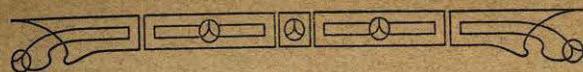
Su seno tiembla en el corpiño,
suspira trémula su voz,
mientras hila que hila en su rueca de plata,
inclinado el perfil virginal,
con los immaculados vellones de un cordero
su velo nupcial.

Yolanda es morena;
ojos de tinieblas y pálida faz...

Llora en silencio, y con su cabellera
azul de tanta obscuridad,
en rueca de ciprés una mortaja
hilando triste y lenta va...

Las princesas hilaban,
hilaban las tres...
Una en rueca de oro, la otra en rueca de plata,
y la otra en rueca de ciprés.





TENIA UN LUCERO EN LA FRENTE...

A Luis Rosado Vega.

Persiguiendo una estrella se cayó en el sendero;
y al quitarle la venda que la herida cubría
notaron que tenía en la frente un lucero
que en la serena y clara noche resplandecía.

Para verlo gustaba mirarse en la laguna:
fulguraba en las aguas lo mismo que una perla...
Cuando entre los chopales asomaba la luna
huyó de su palacio... y nadie ha vuelto á verla!

Dicen que se encontraron á la orilla del río
al extinguirse el último diamante de una estrella,
lo mismo que dos lirios cubiertos de rocío,

sus chapines de raso sobre el musgo del puente...
Y esto es cuanto se sabe y se sabrá de aquella
princesa que tenía un lucero en la frente!



GARZAS REALES

A Eduardo Sánchez de Fuentes.

Pajecillo, pajecillo,
¿qué ha sido de mi doncel?

—Está volando una garza
en los jardines del Rey.

—La garza que su halcón vuela
la quisiera conocer.

—Nunca la miren tus ojos
porque ciega quien la ve.

—Más ya que no puedo verla
dime á lo menos quién es.

—Tres garzas tiene encerradas
en sus jardines el Rey...

Tres garzas, y son tan bellas,
Rosaura, Blanca é Inés,
que el que las mira no sabe
elegir entre las tres.

—Si garzas ajenas vuela
el halcón de mi doncel,
yo también tengo dos garzas
ocultas en mi verjel,

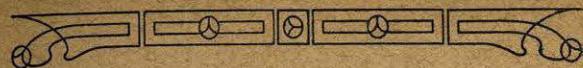
que con los piquitos juntos
en espera están de que
caiga el halcón sobre ellas
para volar á su vez.

Son más blancas que el armiño
de la túnica del Rey.
A su lado el terciopelo
áspero y mísero es,

y hay una fresa en sus picos
más sabrosa que la miel!

Y sacándose los senos
los puso en las manos de él.
Y el paje prendióse de ellos
ávidamente, igual que
se prende á la ubre materna
el corderillo de un mes!





LA REINA MONJA

A Amadeu Freitas.

Es estrecha la celda para su desconsuelo,
Siempre el rudo silicio prendido en el sayal...
¡De tanto como reza hay hoyos en el suelo!
¡De tanto como llora ha brotado un rosall!

La pobre reina purga el don de una mirada,
limosna que le diera á un joven trovador...
Siempre ayuna de todo y siempre arrodillada,
con los brazos tendidos rezándole al Señor!

De nuevo se abre y sangra su corazón herido
 recordando la noche cuando el Rey, su marido,
 porque la sorprendiera contemplando á un juglar,

le dió con una jarra de vino en la cabeza
 y la arrastró del pelo... La pobre Reina reza,
 y descienden los ángeles para verla rezar.



GALANCINA

A Antonio Rey Soto,

I

Hijo mío, hijo mío,
 yo lo quisiera callar...
 Pero en tanto que tú ibas
 con moros á guerrear,
 á tu esposa Galancina,
 hija del Conde Galán,
 estos ojos que ya pronto
 la tierra se comerá,